

La sabiduría de la abuela y nuestro futuro

The Wisdom of the Granny in our Future

Una familia londinense se reúne en la casa de la abuela en las afueras de la gran ciudad para la celebración de la navidad. La cena comienza como siempre, con el protagonismo de la comida, pero pronto aparecen en la conversación las quejas de los protagonistas que no se sienten cómodos con el mundo que les toca enfrentar. Un mundo lleno DE conflictos y peligros que agitan ansiedades permanentemente: el peligro del uso bélico de la energía nuclear; el calentamiento global y sus consecuencias; la fragilidad del sistema económico, que deja a los individuos sin sus ahorros en cualquier momento; la flexibilidad laboral extrema; la intolerancia de los que no aceptan a los que piensan distinto o son de otro país; la fragilidad de las relaciones humanas y la complejidad de las nuevas formas de amor; la incorporación de tecnología en el cuerpo (*tanshumanismo*); las políticas de derecha y sus banalidades; etc.

Es el mundo que, sin darnos cuenta, estamos construyendo y que nos espera pronto a la vuelta de la esquina. *Years and years* es una brillante serie distópica producida por la BBC y HBO que no se conforma con entretener, sino que busca hacernos pensar en *cómo* vivimos y en *cómo* vamos a vivir en unos pocos años, si no nos hacemos cargo de nuestro futuro y evitamos nuestra autodestrucción, porque aún estamos a tiempo.

Los avances tecnológicos no lograron hacer del mundo un lugar mejor para los seres humanos. Por el contrario, las vivencias de esta familia compuesta de cuatro hermanos, sus hijos, parejas y una abuela, reflejan un estilo de vida más inseguro y lleno de adversidades.

Uno de los hermanos pierde su trabajo de oficina por la flexibilidad laboral y termina como repartidor en bicicleta; una hija suya se implanta un teléfono en la mano y una cámara de fotos en los ojos y sueña con dejar su existencia corporal para convertirse en un conjunto de datos viviendo en la nube; otro de los hermanos enfrenta el problema del rechazo de los inmigrantes con su novio; una hermana discapacitada no encuentra trabajo y tiene que ser ayudada por los otros y tiene un hijo que no quiere tener un sexo definido; la última de los hermanos está comprometida con la lucha anticapitalista y ambientalista, pero se deja seducir por las propuestas políticas de una candidata de derecha que parece una caricatura de Trump y los derechistas de Europa. Todos tienen algo que les hace la vida cada vez más insoportable, sin embargo, ninguno tiene el tiempo y el coraje de preguntarse cuándo esto comenzó a complicarse cada vez más.

Allí aparece, entonces, en el centro de la escena en el último capítulo, la abuela de 90 años, la única que tiene la perspectiva histórica, porque ha vivido ese proceso de descomposición política y social. Para Muriel, la matriarca de los Lyons, los

responsables de esta situación insoportable son ellos mismos, la sociedad, es decir, nosotros mismos y un estilo de vida que si no cambiamos nos llevará directamente a un futuro cercano peor. La abuela sale de la pantalla y nos interpela a cada uno:

Los bancos, el gobierno, la recesión, Estados Unidos, la sra. Rook. Todo lo que ha ido mal es culpa de ustedes. Todos somos responsables, cada uno de nosotros. Podemos pasar el día culpando a otros. Culpamos a la Economía, a Europa, a la oposición, al clima y al vasto e incontrolable curso de la historia, como si no dependiera de nosotros, seres indefensos e insignificantes. Pero sigue siendo culpa nuestra. ¿Saben por qué? Por la camiseta de una libra, por la camiseta que cuesta una libra. No podemos resistirnos ninguno de nosotros, vemos una camiseta que cuesta una libra y pensamos: “*Qué ganga, me la quedo*”, y la compramos. No para vestir, Dios nos libre, pero servirá como camiseta interior para el invierno. Y el tendero se lleva cinco peniques miserables por esa camiseta. Y un pobre campesino recibe cero como cero un penique y nos parece bien. Todos entregamos esa libra y contribuimos a ese modo de vida.

Muriel continúa el discurso que toda la familia escucha en silencio: *Todo esto comenzó, dice, cuando comenzamos a reemplazar las cajeras de los supermercados por máquinas y muchas mujeres quedaron sin trabajo y sus familias en la pobreza. ¿Alguien se quejó por eso? ¡No! Nos pareció simpático relacionarnos con una máquina sin importarnos lo que les sucedía a esos seres humanos. Nos faltó la inteligencia de ver lo que estaba sucediendo, de lo que se nos venía a todos y no tuvimos la rebeldía de reaccionar.*

La abuela tuvo la visión de comprender lo que realmente estaba sucediendo, la valentía de decirlo y la autoridad para hacerlos y hacernos responsables de ese desastre. La visión es profunda y va directamente al hueso de la cuestión, porque no se detuvo en análisis económico, político, social, sino que puso en el centro de su análisis al ser humano y a la falta de sentido humano con la cual se vive en la actualidad.

Tal como señala la sabiduría de Muriel, si queremos que el futuro no sea peor, no destruya la vida del hombre en la tierra, necesitamos una manera diferente de ver la vida y nuestra participación en el mundo, una manera que, ante todo, tenga en cuenta que el ser humano es el ser más valioso y que sólo puede ser feliz si de verdad ama a su prójimo y sale del encierro asfixiante de esta sociedad, dominada por la tecnología y enferma de egoísmo.

Las humanidades no pueden conformarse con una reflexión teórica y general, tienen que animarse a interpelar el estilo de vida para hacernos todos responsables del futuro, tal como lo hace la abuela de los Lyons. Éste es, precisamente, el desafío que el humanismo cristiano tiene en este siglo XXI: hacer que tomemos conciencia del verdadero desarrollo del hombre como ser espiritual.

Para decirlo con palabras del Papa Francisco, se trata de proponer un nuevo modelo de *desarrollo global y progreso humano*. Nuevo, porque es diferente del pensamiento único que ha impuesto al lucro como fin de la economía y a ésta como fin de la sociedad subordinando todo; incluyendo la vida de las personas a la producción y el consumo.

En realidad, lo primero que hay que hacer es reconocer que el progreso científico y tecnológico, que desarrolló la modernidad, no logró llevar al hombre a la felicidad como prometía; por el contrario, ese desarrollo hizo que la vida fuera menos segura y agradable. De manera tal, que en esta nueva etapa de la modernidad el desarrollo tecnológico tiene que ser pensado en función de la vida humana y no al revés.

La tecnología tiene que estar orientada por las humanidades, para que esté al servicio de una forma de vida digna del ser humano y no lo someta al estrés y superficialidad con que se vive en esta sociedad *postcapitalista*.

Por eso, el humanismo cristiano necesita un cambio radical de método y perspectiva. No se puede seguir pensando en función de cuestiones teóricas, en un mundo en el que la abstracción hace que sea cada vez menos relevante la teoría si no sirve para resolver problemas concretos que la vida nos plantea.

Hace 20 años cuando comenzamos a enseñar en la universidad tuvimos la audacia de salirnos del esquema tradicional, con el cual se enseñaba en la mayoría de las universidades católicas y reorganizamos los contenidos en función de la antropología. De esta manera, evitábamos la dispersión de temas que proponían los tratados tradicionales y dejábamos de preocuparnos por las síntesis, para colocar en el centro de la reflexión la noción de la *persona*. Desde allí iniciábamos un diálogo con las ciencias, para mostrar luego con la *Ética* que el fundamento para determinar el *bien* y el *mal* en el orden moral y profesional era el mismo: *la dignidad de la persona humana*.

Pero, desde hace unos años, nos damos cuenta que nuestros alumnos cambiaron en su forma de pensar y vivir, con cambios que no son accidentales. Surgieron modificaciones radicales en la mentalidad de la sociedad y se despertó una sensibilidad especial por cuestiones como el respeto a la dignidad de la mujer, el cuidado del medio ambiente, la necesidad de aceptar al otro, la violencia del terrorismo, las consecuencias sociales de la economía de mercado, etc. Estos temas expresan nuevos criterios éticos y antropológicos, que nosotros tenemos que tener en cuenta si pretendemos que la visión humanista sea relevante para los jóvenes.

Por eso, necesitamos repensar la forma y el contenido de las enseñanzas del humanismo cristiano en este siglo XXI, teniendo en cuenta que estamos ante un cambio de época, o mejor, ante una *nueva civilización*, inaugurada por la incorporación de la *realidad virtual* a la vida diaria del mundo y los consecuentes transformaciones radicales inmediatas y esperables en la forma de pensar y vivir.

Pero, no podemos asumir este nuevo desafío sin la lucidez y el coraje de la abuela Muriel. Necesitamos ponernos de pie primero ante nosotros mismos y luego antes los demás y tomar la decisión de hacernos cargo de la responsabilidad que nos cabe. Tenemos que salir del confort que trae la descripción de la realidad y sus problemas, que contenta con la crítica como si no nos tocara, no afectaran nuestras familias y las que nuestros estudiantes van a formar, y el humanismo cristiano no pudiera ser más que una linda teoría cada vez más lejana de la vida real.

Dr. Pbro. Néstor Alejandro Ramos
Director Revista *In Itinere*
Universidad FASTA